

Deseos

Gio Triviño

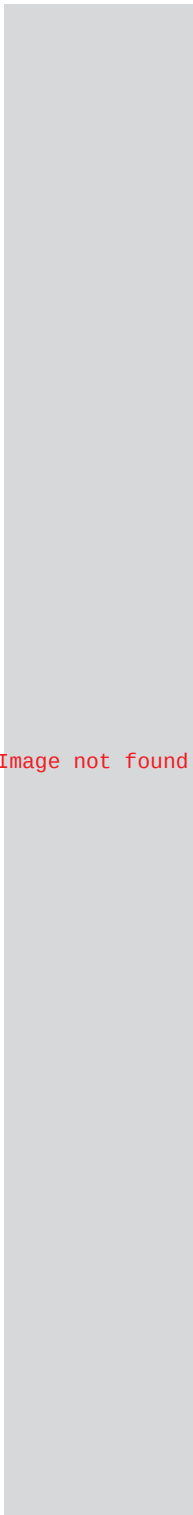


Image not found.

Capítulo 1

Habitualmente me pregunto: si me pudieran conceder un deseo, ¿cuál sería? Cuando me miro en el espejo me veo a mí mismo, un ser casi irreconocible que ya no sabe lo que hace con tal de conseguir lo que quiere... y de la mano a esto, me viene a la mente otra interrogante: ¿qué es lo que quiero? Lo que rápidamente me trae la respuesta: a ella.

El común de la gente sólo pediría tener infinito dinero (o quizás no infinito, pero sí el suficiente para no tener que estar obligado a trabajar), o quizás pedirían ser exitosa en la vida, o quizás ser inmortal. Pero yo no. Claramente yo no. A pesar de estar inundado en deudas, a pesar de que no tengo éxito en la vida (y probablemente, a mis 36 años, no lo tendré), o de que claramente no soy inmortal, pido algo que me llenaría mucho más.

Cada día al caer el sol abandono mi fría casa, haciendo que las penumbras de afuera y yo seamos uno solo. A diario cruzo el bosque, cada noche con más miedo que la anterior. No por los animales, no por el miedo a que me puedan hacer algo, no por el miedo de perderme... Sino que por miedo a ser descubierto. ¿Descubierto en qué? ¿Descubierto caminando solo por la noche sin un propósito aparente? No; Miedo a ser pillado visitándola.

Entonces, ¿cuál sería mi deseo? ¿Que mi amor le corresponda? ¿No tener que escabullirme para verla, teniendo que abrir la reja evitando hacer ruido, para luego recorrer el laberinto dueño de sus pasos con la mayor agilidad posible? Claramente no.

Una vez llegado a mi destino noto que a pesar de que es igual o más frío que mi hogar, hay algo que me motiva e impulsa a ir cada noche. Algo más que necesidad, algo más que adicción, algo más que amor.

Cuando la tengo frente a mí, una sensación única recorre todo mi cuerpo. Una sensación que no se compara con nada. Una sensación que jamás había sentido. Cuando la tengo frente a mí me da pena e impotencia, ya que me imagino ahí, abrazándola, en el frío de la noche, acariciándole sus hermosos cabellos rubios, y diciéndole que todo estará bien junto a mí. Que no tema. Que no huya.

En mi éxtasis acerco mi mano, y froto su pálida mejilla con extrema delicadeza, confiando y dando por asumido que no despertará de aquel sueño profundo en que visiblemente está. Duerme ella con aquel vestido blanco que más de una vez la vi usarlo. ¿Por qué decidió dormir con ese particular y no otro?

Me acerco lentamente y poso mi mano en su pecho, tal y como me he visto haciéndolo cada noche. Uno mi rostro con el suyo, y sin dejar de

acariciar su pelo, la beso. La beso, la beso, y la beso. Sólo me dejo llevar por el silencio de aquella noche de luna llena.

Al mismo tiempo, acaricio su cuerpo, asegurándome de que su fragancia quede impregnada en mi piel. Cuando la tengo junto a mí siento que mi alma es libre al fin. Siento que conozco lo que es la felicidad. Siento que mi vida tiene sentido. ¿Por qué jamás supiste o te fijaste en mi existencia? Eso ahora da igual. Ahora te tengo total y completamente.

Luego de horas besándote y acariciando cada parte de tu cuerpo, creo que ha llegado el momento de unirnos. El momento de complementarnos físicamente uno con otro. Te quito la ropa lentamente, mientras deslizo mi lengua por todo el largo de tu cuello, apreciando el alcohol de aquel perfume que siempre usas.

Una vez que estás completamente desnuda, me decido a hacerte mía. Después de unos minutos, grito, grito tan fuerte como puedo, esperando que tú igual lo hagas. Esperando tu grito de amor, tu grito de éxtasis.

Regresando a la realidad, con nostalgia e impotencia, concluyo que si pudiera pedir un deseo, sería que hubieras resistido aquellas quimioterapias. Si pudiera pedir un deseo, sería que no tuviera que ir cada noche al cementerio . Si pudiera pedir un deseo, sería que aún estuvieras con vida.